
PANDEMIA EN EL SIGLO XXI, POLÍTICA Y FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

VICENTE CLARAMONTE SANZ

Como es sabido por todo perito en microbiología, los microorganismos —básicamente hongos, bacterias y virus— han influido de modo silente en la historia de la humanidad mucho más de lo aparente. No sólo causando muertos por millones, también provocando graves crisis económicas y cambios cruciales en determinados ciclos históricos, así como influyen en el desplome de imperios y en el resultado último de conflictos bélicos internacionales. Basten algunos ejemplos sin ánimo exhaustivo. La primera gran epidemia bien documentada, en pleno Imperio Romano, fue la denominada “peste Antonina”. Comenzó circa el año 165 de nuestra era, duró unos quince años y acabó con la vida de unos 5'000,000 de personas. Por la sintomatología descrita en los textos de Galeno (129- c. 201/216), al parecer el microorganismo homicida debió ser alguna variedad del virus de la viruela hemorrágica. El movimiento constante de las legiones por la infraestructura terrestre y marítima imperiales actuó como eficaz mecanismo de transmisión por todos sus confines hasta terminar estragando la mismísima Roma. Por los drásticos efectos sociales, políticos y económicos que conllevó, algunos historiadores consideran que supuso un factor clave en el punto de inflexión del declive del Imperio Romano, pese a que Nerón (37-68) prefiriera señalar a los cristianos como chivo expiatorio. La Organización Mundial de la Salud calcula que este mismo virus de la viruela, hoy día erradicado merced a las vacunas, causó sólo en el siglo XX unos 300'000,000 de muertos, que supera dsa mortalidad conjunta provocada por las dos guerras mundiales, la gripe de 1918 —mal llamada peste española— y el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (López, 2020, p. 41). En la Edad Media, entre los años 1346 y 1347, la peste bubónica aniquiló a más del 50 por ciento de la población europea coetánea: el equivalente en la actualidad, computando la población de la Unión Europea previa al *brexit* del Reino Unido, superaría los 257'000,000 de muertos. Por último, las epidemias masivas, al parecer, discurrieron desde Europa al otro lado del océano Pacífico con el —también mal llamado— descubrimiento de América, cuando enfermedades infeccio-

Unidad Docente de Lógica y Filosofía de la Ciencia, Departamento de Filosofía, Universitat de València, España. / vicente.claramonte@uv.es

sas como la gripe, el sarampión y la propia viruela fueron introducidas por los conquistadores, principalmente oriundos de España y Portugal, entre la población nativa americana, asolando los imperios inca y azteca; sólo en este último, se calcula que acarrearón unos 24'000,000 de fallecidos, seguramente más que el acero y el arcabuz de las tropas invasoras. El SARS-CoV-2 quizás sea nuevo, pero las pandemias no. Han acompañado al *Homo sapiens* a lo largo de toda su historia y probablemente también en su prehistoria. Es posible que también se asociaran a ancestros incluidos en su mismo taxón de familia, como el *Homo neanderthalensis*. Sus catalizadores son una constante: densidad poblacional, hacinamiento y falta de higiene, elevada movilidad y vías de comunicación fluidas, contacto con ciertas especies animales y clima propiciatorio. Sus consecuencias también: además de una cuantiosa mortandad, hambruna más o menos prolongada, empobrecimiento, miseria e incremento de las desigualdades sociales. Al vivir en la actual era de globalización, superpoblación, obligada inmigración y rápida y barata comunicación, las crisis pandémicas como la desencadenada en el último año entran por derecho propio en la agenda presente y futura de los quebraderos de cabeza de la humanidad. Por ello mismo de la reflexión filosófica.

La palabra empleada en Oriente para representar la idea occidental de crisis se pronuncia [*kiki*], y contiene en *kanji* —caracteres chinos utilizados en lengua japonesa escrita— dos ideogramas sucesivos que significan, es lugar común, “peligro” y “oportunidad”.

¿Cuáles podrían ser los peligros? La mayoría los ha evidenciado la misma crisis pandémica. Veamos algunos. Primero, la falta de una cosmovisión planetaria que priorice lo colectivo sobre lo individual. Sin llegar a la afirmación radical de que sólo un enfoque comunista permitiría evitar la muerte de miles de ancianos y el desamparo de miles de infectados abandonados a su suerte (Žižek, 2020), ni olvidar que la vieja lógica del comunismo estatal conserva sus indeseables limitaciones y contradicciones, lo cierto es que China, con mayor población, ha gestionado la crisis mejor que Europa y Estados Unidos gracias a su estructura institucional comunista. Allende la orientación ideológica, y ante el peligro para la vida, la salud, la libertad y el bienestar de la humanidad, resulta absurdo e inútil acometer la crisis en clave local o regional, y de ahí la necesidad de alianzas y organizaciones mundiales capaces de actuar rápida y eficazmente a escala global inspiradas por la solidaridad y la empatía universal, la veracidad, el conocimiento y la transparencia. Si Naciones Unidas dispone de cascos azules para mediar en los conflictos bélicos, ¿por qué la Organización Mundial de la Salud, en una implementación de la estrategia *One Health*, no podría disponer de *cascos blancos*, un cuerpo internacional de personal sanitario de intervención rápida capaz de combatir una amenaza sanitaria global allá donde surja para garantizar el control epidemiológico quebrando a tiempo la cadena de transmisión? Segundo, que la pandemia sea utilizada

como un elemento más para la dominación social, otra mediación entre Estado y capitalismo destinada a integrar al individuo de modo más eficaz y rentable en el sistema productivo del Estado-nación capitalista. Esto es, que las estructuras de poder simbiotas entre gobiernos adalides del Fondo Económico Mundial y el Fondo Monetario Internacional, corporaciones multinacionales y fondos de inversión empleen la crisis como excusa para vigilar y castigar a la población mundial, para afianzar, mediante la realimentación del control político y la obtención de ventajas económicas, su estatus social privilegiado y continuar sometiendo a la población al goce instantáneo del consumo indiscriminado. La retórica discursiva de la *nueva normalidad* permitiría así enmascarar el viejo *modus operandi* del neoliberalismo Reagan-Thatcher (Espinoza, 2020, p. 366): acrecer el espacio privado mediante la desactivación o precarización del público, hasta convertir la salud, la educación, la seguridad social, las pensiones, la alimentación, el urbanismo, la vivienda, la cultura, el arte, etc., indisociables del Estado del bienestar, en otra mercancía más sujeta sólo a la pura ley de la oferta y la demanda; ocultar que ahora se trata de salvar a las personas, no a la banca como tras la caída de *Lehman Brothers* en 2008; reafirmar subrepticamente políticas, según las cuales en la democracia de mercado el elemento preponderante debe ser el mercado, no la democracia (Mignolo, 2020, p. xii); mistificar que el verdadero virus es el capitalismo financiero y el SARS-CoV-2 sólo su camuflaje útil y arma intimidatoria. Tercero, la disolución del Estado de derecho, mediante una restricción inicialmente provisional de los derechos y libertades de los ciudadanos que posibilite generalizar la interdependencia no solidaria, una *inconciencia* global con la que ensopar ideológicamente a la humanidad de nihilismo anárquico e individualista, o solipsista, hasta reducirla a la unidad deshumanizada, hasta subdividirla toda en individuos aislados cuya única vinculación empática fluya mediante la conexión a la red y el totemismo del consumo. Así, suma y sigue, serían demasiadas para enumerarlas todas las vergüenzas que, en su resiliencia contra los desmanes del consumismo (Muñoz y Rey, 2020), la naturaleza ha desnudado con un simple bichito en la arrogancia humana, especialmente en la del Primer Mundo. No quisiéramos preterir, sin embargo, la mención de un último peligro; la indiferencia reiterada de ese Primer Mundo cuando el cólera, la disentería, la difteria, la viruela, la influenza, la malaria, el Ébola, etc., provoquen en el futuro epidemias afectantes sólo al Tercero.

¿Cuáles, las oportunidades? Aquí el propio virus, probablemente, nos ayude menos y hayamos de ejercer la imaginación. Podría ser una oportunidad pintiparada para adoptar, teniendo presente la hipótesis *Gaia*, una perspectiva más amplia de la salud, que incluya tanto al ser humano como a toda otra especie animal y vegetal, y al medio ambiente, una visión biológica comprometida con el cuidado de la *Pachamama* mediante el *sumak*

kawsay, una vida de plenitud en armonía con la naturaleza que respete el derecho de las futuras generaciones a habitar la Tierra en condiciones dignas. Una oportunidad para reivindicar, en línea con la iniciativa *#CienciaenParlamento*, la comunicación real y permanente entre ciencia y política, de promover el asesoramiento científico de los políticos, pues las posibilidades de que cualquier gobierno adopte decisiones políticas o un Parlamento promulgue leyes, en ambos casos beneficiosas para la comunidad, aumentan si parten del conocimiento científico disponible a partir de datos, experimentación y evidencia. Lamentablemente, el mecanismo institucional que podría posibilitar esta dinámica, las agencias de asesoramiento científico y tecnológico, apenas si existe en veintidós parlamentos del mundo (Santillán, et al., 2019), otro indicio de que la inversión en ciencia sigue siendo percibida como gasto y no como una inversión de presente y futuro. También una oportunidad para alterar la dialéctica política global entre re- y desoccidentalización; entre el mantenimiento de los privilegios de la unipolaridad y el devenir incierto hacia la multipolaridad; entre la consolidación del imperialismo estadounidense, sea por mor del neoliberalismo global de Barak Obama o del nacionalismo unilateral de Donald Trump, y la emergencia de un neonato equilibrio de poderes compartido por los viejos —Estados Unidos, Unión Europea, Japón, Canadá, etc.— y nuevos —China, Rusia, India, Brasil, etc.— agentes en el escenario de la dominación mundial. En definitiva, una oportunidad para superar las políticas de civilización, occidental o multilateral, mediante una política diseñada a escala de humanidad, tendente a desarrollar en personas y naciones la *conciencia* de pertenencia a la comunidad humana (Morin, 2020, p. 84), y a derivar el carácter primordialmente tecno-económico de la globalización hacia una cosmovisión humanitaria de ámbito global que se reconcilie verdaderamente con la igualdad y la alteridad, y se responsabilice de los derechos de las futuras generaciones, de la persistencia de la vida en toda su expresión y de la habitabilidad eviterna de la Tierra.

BIBLIOGRAFÍA

- Espinoza, R. (2020), "Pandemia, capitalismo e ideología", en Dulcinea Tomás (comp.), *Covidosofía. Reflexiones filosóficas para el mundo pospandemia*. Barcelona: Paidós, pp. 358-374.
- López, I. (2020), *Preparados para la próxima pandemia. Reflexiones desde la ciencia*. Barcelona: Destino.
- Mignolo, W. (2020). "Detrás de la escena. Los signos del cambio de época", en Dulcinea Tomás (comp.), *Covidosofía. Reflexiones filosóficas para el mundo pospandemia*. Barcelona: Paidós, pp. i-xix.
- Morín, E. (2020), *Cambiamos de vía. Lecciones de la pandemia*. Barcelona: Paidós.
- Muñoz, E. y Rey, J. (2020), "La resiliencia de la naturaleza ante los desmanes del consumismo", *The conversation*, 27 de febrero. Recuperado de <theconversation.com/la-resiliencia-de-la-naturaleza -ante-los-desmanes-del-consumismo-132550.
- Santillán, A., et al. (2019), "#CienciaenelParlamento: La necesidad de una oficina parlamentaria de asesoramiento científico y tecnológico", *Gaceta Sanitaria*, 2020: en prensa.
- Žižek, S. (2020), *Pandemia. La Covid-19 estremece al mundo*. Barcelona: Anagrama.